

Querida Madre Cecilia,

Después de una vida muy larga pensaste que ya había llegado el momento de ir a la “Casa”, de ir al Señor.

Ya estabas esperando, preparada para marcharte, todo lo que Él te había encomendado, tu misión la habías realizado, todo estaba terminado. Si, tu vida había sido extraordinariamente ordinaria, una vida de fidelidad y de amor.

Te marchaste silenciosamente, como habías vivido, sin ruido, sin llamar la atención de nadie, inesperadamente para nosotras, aunque estábamos contigo, casi no nos dimos cuenta que el Señor había venido para llevarte con Él. Y te marchaste en paz y alegremente, con tu hermosa sonrisa que nunca podremos olvidar.

Te hemos querido mucho y tú, también nos has querido mucho. Con la muerte el amor no desaparece, sino que se reafirma, ahora es amor en el Señor por ambas partes. Gracias por ser tú misma y por todo lo que me diste, lo que recibí de ti.

Perdóname si actué egoístamente queriendo tenerte aquí aún más tiempo cuando tú ya estabas preparada para ir a “Casa” como tú misma lo dijiste antes de marcharte, “Quiero ir a Casa”,irme con el Señor, a la vida eterna. Te has marchado, pero continuas estando presente aunque de manera diferente, siempre presente en mi mente y corazón. Nunca te olvidaré y siempre viviré agradecida al Señor por haberte dado a nosotras, por haber vivido contigo muchos años. Sinceramente creo que tu presencia en el mundo ha hecho de nuestro mundo un lugar mejor.

Ahora ya descansas con el Señor, con Nuestra Señora, la Virgen a quien tanto amaste, la Madre Fundadora, Dina, tu familia y tantas Religiosas de Jesús-María que te habrán acogido y dado la bienvenida.

Reza por nosotras.

SENCILLA Y GRANDE MADRE CECILIA



Nació hace más de 115 años en Manchester, New Hampshire. Cuando tenía 21 años el Señor la llamó a Jesús-María y ella respondió alegremente; como respondió un día que le preguntaron cuál había sido el día más feliz de su vida, sin titubear o dudar respondió inmediatamente, 'el día de mi profesión religiosa'. Durante los 92 años de su profesión religiosa vivió una vida plena de amor y fidelidad al Señor.

Era una persona alegre con una hermosa sonrisa, muy exacta en su trabajo y una persona de 'sí, sí' o 'no, no', nada a medias.

Creo que lo que Jesús dijo de Natanael se puede aplicar muy bien a Madre Cecilia: "Ahí tenéis a un Israelita de verdad, en quien no hay engaño", ella era tan verdadera, era, sencillamente ella misma

Amaba mucho su Congregación y empleó mucho tiempo de los casi 60 años que estuvo en Roma, en un trabajo de investigación, trabajando en el Archivo para encontrar lo más posible acerca de las primeras misioneras que fueron a la India, y acerca de los comienzos de la Congregación. Tenía muchos cuadernos con notas y muchas hojas escritas a máquina. Su trabajo tiene un gran valor histórico y gracias a ella hay muchas cosas escritas.

Era sociable y sabía cómo acoger a las visitas y las trataba con cortesía y amablemente. Todas las personas que la conocían la querían; tenía algo especial que atraía. Como alguien escribió: 'Para aquellas de nosotras que tuvimos el privilegio de encontrarla, durante nuestras visitas al Generalato, la sonrisa cálida y acogedora de la Madre Cecilia siempre permanecerá como símbolo de la hospitalidad que recibíamos allí'. Era sencilla, amable, agradecida, - siempre decía, gracias, por cualquier cosa grande o pequeña que se le hiciera – humilde, verdadera, sincera, ella misma, generosa, alegre, paciente, pobre, nunca pedía más de lo que necesitaba. Todas las personas que venían a visitarnos a Roma, de cualquier parte del mundo,

querían tomar una fotografía de ella. Le encantaba que le tomaran una foto y siempre preguntaba: ¿Salió bien, es buena? Si no, tomen otra...

Siempre estaba atenta en practicar la pobreza y no le gustaba acumular cosas o tener cosas que no usaba. Era muy generosa con lo poco que tenía. Un día en una reunión comunitaria, hablando acerca de lo que podríamos hacer, sacrificándonos en algo para darlo a los pobres, Madre Cecilia dijo: 'Yo no tengo dinero, pero tengo tabletas de chocolate que les puedo dar'. Se interesaba y preocupaba por los demás; durante los últimos meses cuando una Hermana, Sierva de María, venía a cuidarla durante la noche, le preguntaba: 'Hermana, tiene frío; ¿tiene suficientes mantas? Si no, tome una de las mías, yo no las necesito todas'.

Tenía un gran espíritu de fe, un don que había recibido y lo vivía cotidianamente en su vida. Ciegamente aceptó como voluntad de Dios la elección de la Madre General y el nombramiento de la superiora local. Hablaba de ellas no solo mencionando su nombre pero con grande respeto: Reverenda Madre General y Madre Superiora, nunca sólo por su nombre. Sin quejarse nunca, aceptó como voluntad de Dios, su ceguera y sordera. Cuando sintió que perdía la vista, decía, 'estoy ciega', pero hasta que pudo ver un poco, quiso jugar cartas; eso la distraía y lo disfrutaba. Como dijo alguien: 'Era una gran mujer de fe y una bendición para mí. Fue una buena amiga y una bendición en mi vida. Le echaré mucho a faltar, pero agradezco haberla conocido cuando tenía 103 años y tener una nueva amiga. Jugaba cartas con grande habilidad y le encantaba ganar. Con frecuencia decía que le daba pena ganarme tantas veces. Sus oraciones eran muy poderosas. Ahora ya descansa en los brazos del Señor'. A pesar de sus limitaciones, sin ver ni oír, tenía gran interés en saber todo lo que pasaba y quería que le dijeran.

Era muy fiel a sus ejercicios de piedad, muy puntual para el Angelus, el Examen, la Visita al Smo. Sacramento, etc.; y todo a su tiempo apropiado. Gracias a ella, no perdí estos ejercicios especialmente cuando ya no pude salir y estaba todo el día con ella. Recitaba las tres partes del rosario



diariamente, se había fijado un tiempo para cada parte. Cuando el Papa Juan Pablo II añadió los Misterios de la Luz, ella pensó y se preguntó cuándo podría recitarlos; pensó discernió y encontró el lugar y tiempo apropiados.

Era extraordinaria en su vida cotidiana. Le encantaba estar con la comunidad y no perdía el recreo nunca hasta poco tiempo antes de su muerte. Luego decía, 'estamos en recreo y nadie habla'... (no podía oír), y entonces preguntaba, '¿Quieren que les cuente una historia? Había estado en Canadá, en Estados Unidos, en Francia durante la Segunda Guerra Mundial y en Roma... así que sabía muchas cosas... y entonces nos contaba algo, alguna historia, algo de lo que había vivido durante la guerra, etc. o explicaba algún monumento de Roma, etc. Pero hablaba con tal expresión y entusiasmo, que nos encantaba y disfrutábamos escucharla. La queríamos mucho y sabemos que ella también nos quería a nosotras y a su comunidad

Amaba la música, había estudiado y había sido profesora de música. En nuestra comunidad fue organista durante muchos años. También le gustaba mucho el arte y estando en Roma, ya conocía todos los monumentos, las ruinas, las piedras. Una vez le pregunté cómo era que conocía tanto de todo. Me dijo que no había estudiado arte, pero que le gustaba tanto que había aprendido leyendo mucho y visitando los lugares. Tenía una memoria extraordinaria! Realmente se convirtió en 'guía turístico' y guiaba los grupos de nuestras Hermanas que venían a Roma a visitar muchos lugares y no solo en Roma, pero aún fuera de Roma como Asís, Subiaco, Siena, Orvieto, etc. Cuando ya no podía salir con los grupos les enseñaba diapositiva y les explicaba todo así preparándolas para la visita del día siguiente.

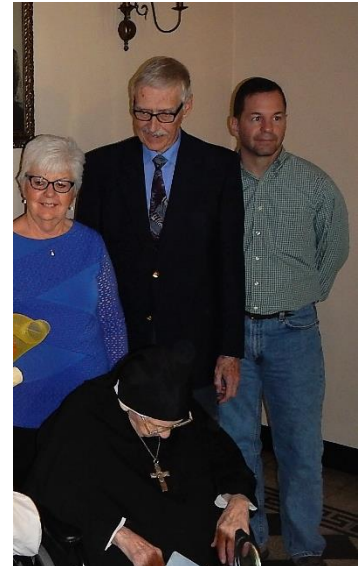
Amaba su Provincia y a sus Hermanas americanas mucho. También tenía algunas amigas especiales... Una vez le pregunté: Si la Hermana B viene al mismo tiempo que la Hermana A, ¿qué hará usted?... pensó un momento y luego me dijo: 'Es mejor que no vengan juntas...' Ella deseaba prestar toda su atención a cada una.

Siempre recordaba a sus antiguas alumnas de Fourvière, y durante 60 o más años, permanecieron en contacto con ella, las quería mucho y le interesaba saber algo de ellas.

Le gustaba mucho el chocolate y el helado, y nunca podían faltar. Hacia el final cuando ya no podía hablar mucho decía: 'Denme algo frío, le preguntábamos, agua, leche, etc. y decía, 'no algo verdaderamente frío que se come con cuchara... helado.



También estamos muy agradecidas a muchas de sus sobrinas y sobrinas nietas, sobrinos nietos, a muchos de sus parientes que siempre se mantuvieron en comunicación con ella.



Ella los quería mucho y se preocupaba cuando no recibía noticias de ellos.

Gracias por haberla querido tanto, su amor la hacía muy feliz y siempre le daba nueva vida. Muchas gracias.

Podemos estar seguras que desde el Cielo continúa amándolos y que ruega por ustedes.